

cia, seguido de dos ayudantes, que le acompañaban en la perpetración de aquel crimen á que llamaban los césares justicia.

Sus cabelleras encrespadas, sus brazos nervudos como los de un carnicero, sus fuertes cuellos como de bueyes, sus aviesos ojos, sus carnudas bocas, sus surcadas frentes, la respiración de fragua que se oía en sus pulmones, las espadas que centelleaban en sus manos, decían el oficio suyo y el fin adonde iban. No se arredró Agripina. Ni en el timbre de su voz se le conoció, no ya miedo, ni perturbación siquiera. Una especie de conformidad con el destino que acababa de invocar y una especie de visión que le decía cuán justo era su castigo, la mantuvieron en su firmeza. Fué por la ciencia digna nieta de Augusto, padre de su madre, Julia; por el valor, digna nieta de Agripa, el gran general, padre también de su madre; por la serenidad y entereza, digna hija de Agripina y de Germánico, sus padres; por el vicio y la sensualidad, digna hermana de Calígula; por los crímenes, digna madre de Nerón.

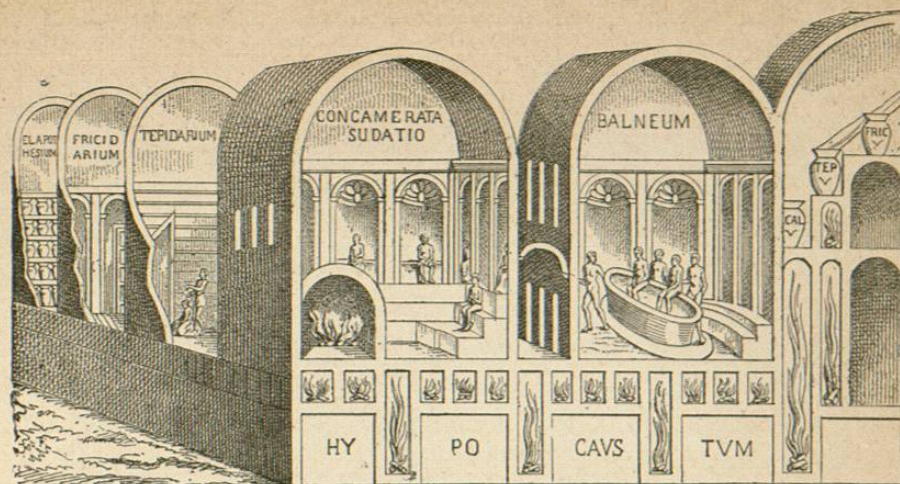
—Vienen á matarme. No podía inventar el averno un castigo mayor para el César que la muerte de su madre. Morirá él en desastre mayor aún que el desastre mío y por el horrible crimen de esta noche.

—Agripina—dijeron á una los tres verdugos: el almirante, como decimos ahora en los idiomas vulgares, Aniceto; el tetrarca, y el centurión de la flota del Miseno, que le acompañaban.

—Si venís á verme y á preguntar por mi salud, que tanto debe interesarle á quien os envía, decidle que me salvé por milagro del naufragio y que me siento bien, del todo repuesta. Si venís á perpetrar un crimen, creeré que lo perpetráis de vuestro grado y por vuestra voluntad, y no por mandato y orden del hijo mío, á quien jamás hubiera podido, jamás, jamás, imaginársele pasar ante los hombres y ante los dioses por un parricida.

Los verdugos callaron, y por toda respuesta el centurión asió á la emperatriz un golpe en la cabeza. Y como tras aquel golpe viese blandir las espadas buscando, tiró las sábanas que la cubrían, rasgó la camisa en que estaba envuelta, y enseñando todo su cuerpo desnudo, exclamó, golpeándose con ambas manos:

—¡Herid aquí, herid el vientre que ha parido ese monstruo! Y murió acribillada de innumerables heridas.

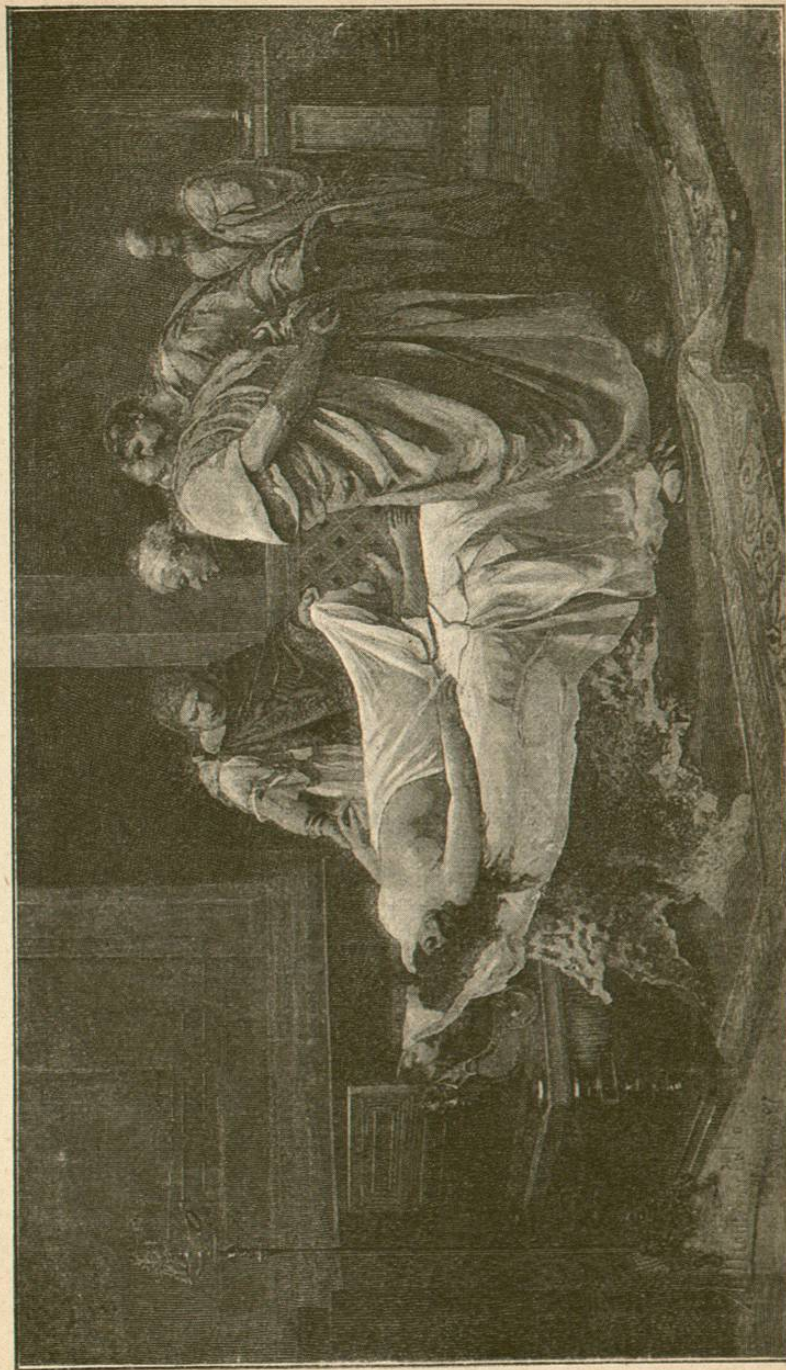


CAPITULO XV

REMORDIMIENTOS

Abandonada de todo el mundo, herida en el simulado naufragio que acababa de atravesar, puesta en trances horribles para que ó se muriese ó se matase, todavía inspiraba la varonil Agripina terrible miedo al verdugo engendrado por sus entrañas y erigido en omnipotente y sacro emperador por una voluntad y una inteligencia como la excepcional voluntad é inteligencia suyas. Así, no hacía Nerón sino pasearse de un lado á otro, mientras duró el viaje de Aniceto desde su propio palacio á Baules, retorciéndose los brazos de furor, y dando, cual un demente furioso, alaridos terribles, como si de la tierra se levantasen y del aire descendiesen genios malos y perseguidores á herirlo y atormentarlo. Pero no había tal cosa, no se perturbaba la tranquilidad etérea del cielo, ni la celestial tranquilidad del mar; todo sonreía en aquel amanecer, no obstante la enormidad horrible del crimen perpetrado; lo que había era una surrección interior de remordimientos, dibujados en extrañas y aun extravagantes formas, que creía él ver con los ojos del cuerpo fuera de sí, cuando los veía con los ojos del alma dentro de la propia conciencia. Nervioso, exaltado, susceptible; con todo género de supersticiones en el cerebro, con una tempestad perpetua de senti-

mientos en el corazón; seguido y dominado á un tiempo mismo por las trahillas de sus vicios, queriendo salir del vasallaje de Agripina para entrar en el vasallaje de Popea, se asustaba de su propia obra y retrocedía espantado de sí mismo, en tal modo, que se hubiera desprendido, según aquella neurosis, del propio ser, si pudiera conseguirlo sin las contrariedades consiguientes al dolor y á la muerte. Así que llegó Aniceto de vuelta y le dijo como acababa de inmolar á su madre, asaltóle al cuitado deseo de verla, como para cerciorarse de que brotaba sobre tal cadáver su anhelada libertad y por él conseguía imperio y mando sobre sí mismo. Partióse precipitadamente y en litera, por el crepúsculo matutino ya y antes de que los pobladores de aquel paraíso pudiesen saber cuál nuevo crimen cometía la vieja maldad habitadora de tan deleitables comarcas. Cuando llegó habían desnudado á la emperatriz y tendídola desnuda sobre un lecho de los usuales en las comidas romanas, sobre cuyos cojines palpitara de placer aquel cuerpo en la embriaguez de su vida, cuando los músculos se movían á su grado, los nervios sonaban como liras y la sangre vívida le prestaba un calor á cuyos ardores latía el corazón y se animaba el pensamiento. En cualquiera otra naturaleza más humana hubiera despertado la vista de aquel despojo un redoble seguro de los naturales primeros remordimientos, que le golpearan las sienes y se la acumularan dentro del pecho. Pero en el depravado príncipe se despertó la voluptuosidad. Viéndola tan bella, pues parecía dormida y como en reposo, echó de menos algún rechazado goce y se reconvino y se rearguyó á sí mismo por el casto sentimiento de repugnancia, cuyo imperio le había impedido el incesto, magüer nacido el cuitado con todos los instintos necesarios para tener ajuntamiento con todos los seres criados, en el inacabable ardor extendido por todas las moléculas de un cuerpo abrasado en voluptuosidades inextinguibles é infinitas. «No sabía que mi madre fuese tan hermosa,» exclamó. Y sin manifestar ningún otro sentimiento, ni pensar en ninguna otra idea, partióse de aquel sitio con toda serenidad y palpándose para ver si realmente había sacudido todas sus cadenas. Los siervos de Agripina, que, al minuto de morir ésta, mostraran los apocamientos de ánimo y espíritu connaturales á todo terror pánico, se rehicieron, y observaron el rito de las ceremonias fúnebres, con lo único tolera-



Nerón ante el cadáver de su madre

do por la implacable odiosidad del hijo á la madre, con una sencilla cremación. Vistiéronla el mejor traje imperial que á mano tuvieron; colocáronla en el más vistoso de los lechos; ciñéronle flores de las muchas brotadas en aquellos climas, y pegaron fuego á todo con las antorchas fúnebres, y mojaron sus dedos para ro-



Ruinas cerca de Bayas, llamadas Sepulcro de Agripina

ciarlas con el agua lustral correspondiente á los antiguos ritos. Poco después sólo de la emperatriz quedaba un montón de cenizas á merced por completo del viento que disipaba sus restos en la imposibilidad de disipar su recuerdo. Sin embargo, ningún ser tan desdichado en el mundo que no cuente con algún agradecido entre sus deudos y servidores. Cuando todo se había concluído, cuando no quedaba sino un montón de polvo dentro de un jardín abandonado, como en demostración de la miseria contenida en toda soberbia; cuando las pavesas estaban ya frías y el despojo entregado al viento que levantaba sus atomillos y los disolvía, un esclavo

heleno, ahora, por indignación contra un mundo, tembloroso ante aquella mujer, y luego cruel con ella, ó ahora por agradecimiento é impulsos de bondad, nunca faltos en los más crueles y más criminales cinismos, es lo cierto que sacó su espada, y clavándosela en el corazón, regó con lágrimas y con sangre de un holocausto voluntario aquello mismo que parecía residuo asqueroso de tantas voluptuosidades y crímenes, como si hubiera siempre una dichosa transformación en los senos de la muerte.

Por lo contrario, el pueblo todo respiró. Adondequiera que iba la noticia, llevaba un estallido de alegría. Perpetrara tantos crímenes la perversa, que, al recordarlos y verla castigada, el sentimiento de justicia, innato al corazón humano, se sobreponía de suyo á todos los demás sentimientos, y aclamaba el acto sin acordarse de su íntima naturaleza, ni de sus infames orígenes. La evocación de tantos muertos como había sembrado en el camino de la vida y como se levantaban en el seno de toda memoria un tanto fiel, hacía que nadie viera en el trance último suyo nada más que la inevitable y natural expiación pedida por todo cuanto circuía el cadáver de quien toda la vida se nutriera de la muerte. En vez del dolor y del llanto que sigue á los buenos en su desaparición del número de los vivos, aquí, en este momento, estallaba un júbilo universal. Quizás el único triste y el único pesaroso ante aquel hecho era su propio perpetrador. Después de haber ido á Baules y contemplado á su madre, por uno de los bruscos cambios frecuentes en su naturaleza moral, pasó desde la espantosa voluptuosidad que antes señaláramos, á un estado de conciencia concebible tan sólo en un verdadero justo. Horrorizábale de suyo el crimen, y si como era el criminal Nerón mismo, fuese otro, de seguro lo castigara con uno de aquellos castigos con que se hallaba connaturalizado su perversísimo natural. Vuelto de Baules, como necesitase descansar de las fatigas provenientes de sus proyectos y de sus emociones, tendióse á dormir, para lo cual mandó cerrar cuantas comunicaciones pudiese allí haber con el ambiente y con el éter de fuera. Pero en cuanto huía la luz, le revoloteaban en torno de las sienas como murciélagos los remordimientos. Y entonces volvía de nuevo á llamar para que le diesen luz. Y en cuanto le daban luz, creía que todos los objetos visibles le asaltaban á

una con acusaciones terribles. Cielo que había presenciado la criminal obra, mar que había recogido á su madre, playas donde abordó malherida, espacios por cuyos senos fueron los sicarios á matarla, moléculas de aire y átomos de sol, todo se constituía en una especie de acusación viva para redargüirle de su crimen y en una especie de tribunal para condenarle. El humo de la pira, donde acababan de quemar aquel su cuerpo, flotaba como una ligera nubecilla en los aires, y á sus ojos revestía formas tales que imaginaba el cuitado ver las furias con alas de murciélago, y uñas de buitre, y ojos de lechuza, y graznido de cuervos, que amenazaban en bandadas, semejantes á sombras, sin destruirlo y devorarlo. Su propia conciencia le anunciaba que no podía continuar indemne sino derogándose la ley moral á tal injusticia, y el trono de los dioses abajo se viniera como un frágil trono de césares. Así comprendía intuitivamente que la salvación suya estaba en un solo asidero, en hacer algún bien; pues los más perversos consagran al bien tributos y obsequios involuntarios por los buenos resortes que siempre hay hasta en las naturalezas más pervertidas y perversas. Sin embargo, después de haber imaginado algunos beneficios, le oprimía tanto el recuerdo de lo hecho y le atenaceaba con tales mordeduras el dolor producido por todo cuanto había pasado, que caía en un silencio y en una inmovilidad cercanos á la inercia del cuerpo y á la imbecilidad del espíritu.

Así el prefecto de las legiones como el ministro y filósofo Séneca comprendieron cuánta necesidad tenían de sacudir un poco aquella naturaleza inerte y sacarla del profundo sueño que la dominaba, si no había de venir la muerte sobre aquella su terrible ataxia; é idearon una serie de manifestaciones destinadas á demostrar todo el horror que despertaba la memoria de Agripina y todo el crédito cobrado por su hijo en este acto de justicia. Vestidos con sus más ricas preseas; cubiertos de sus relucientes cascos; el escudo que brillaba en la mano izquierda y los instrumentos de sus batallas en la derecha, presentáronse los tribunos de las cohortes para calmarlo con sus aclamaciones, bendiciéndolo y besándolo como á verdadero padre de la patria, por haber salvado á ésta, su hija predilecta, del cautiverio en que la tenía su espantosa madrastra. Captado el ejército de Roma, precisábale captar también el roma-